

## Introducción

Uno de los últimos homenajes públicos al general Franco se encuentra en Cusco. Se trata de una placa de mediano tamaño, situada junto a la entrada de la catedral, que conmemora la ayuda española a la reconstrucción del templo tras el terremoto que en 1950 destruyó gran parte de la ciudad. ¿Cómo un país aislado internacionalmente, que pocos años antes había sido devastado por una guerra civil, pudo destinar recursos para esta labor de reconstrucción en el otro lado del mundo? ¿Por qué Cusco era tan importante que merecía este sacrificio? ¿Qué implicó para la ciudad andina la ayuda española y la de otros muchos países tras el terremoto? Este libro pretende responder estas y otras preguntas similares a partir del análisis detallado de lo ocurrido durante los años posteriores al acontecimiento más dramático de la historia del siglo xx cusqueño.

El terremoto del 21 de mayo de 1950 fue un hito en términos sociales, políticos y económicos. La virulencia de la catástrofe y la fama internacional de la antigua capital inca hicieron que inmediatamente se desatara una ola de solidaridad en todo el mundo. Personalidades, instituciones y gobiernos se ofrecieron a ayudar a los damnificados y a apoyar en la reconstrucción. Durante unos años, Cusco se convirtió en el epicentro de un sinfín de iniciativas y debates que abarcaban desde el ordenamiento urbano y la reconstrucción de los monumentos destruidos por el terremoto hasta la necesidad de desarrollar la economía regional y de realizar profundas reformas sociales.

La reconstrucción fue percibida como una oportunidad para erigir una nueva ciudad sobre bases más sólidas y duraderas, un Cusco que hiciera honor a su historia y convirtiera sus vetustas calles en una urbe moderna. Para alcanzar este objetivo se invirtieron grandes cantidades de dinero, ilusión y esfuerzo. Se desplegaron energías intelectuales y físicas, se escribieron libros, informes, artículos de prensa, leyes y normas de todo tipo. Se hicieron promesas, se firmaron acuerdos, se forjaron y rompieron alianzas y se llegó a compromisos inesperados. El terremoto puso en contacto círculos políticos, burocráticos, intelectuales y académicos de diferentes latitudes y generó debates hasta entonces inéditos en el Perú. Por razones que se explicarán a lo largo del libro, fue también de gran importancia para los países y organismos internacionales que prestaron ayuda.

Mi objetivo es analizar los diferentes proyectos de reconstrucción del Cusco, atendiendo al sustrato político e ideológico del que partían y a las relaciones, sociedades y traiciones entre quienes los promovían y defendían. Sostendré que el terremoto generó un ecosistema particular, en el que confluyeron las utopías de transformación urbana propias de la época y las urgencias, ansiedades y vericuetos de la Guerra Fría. El marco cronológico del estudio son los tres primeros años de la reconstrucción, desde el día en que la tierra tembló hasta la entrega en mayo de 1953 de las obras de la restaurada catedral colonial. Aunque la reconstrucción abarcó un periodo mucho más largo, estos fueron los años más dinámicos y creativos, cuando se pusieron en juego un conjunto de iniciativas de alto perfil que marcaron el futuro de la ciudad.

El terremoto anudó tendencias y procesos que ya estaban en curso en los ámbitos económico, social, político e ideológico. De ahí que el análisis detallado de lo ocurrido entre 1950 y 1953 permite aproximarnos de manera transversal a un periodo crítico de la historia peruana, cuando el país se hallaba en plena transformación. La hegemonía de los grupos tradicionales de poder comenzaba a ser disputada por los sectores medios y populares emergentes. Las zonas rurales bullían de tomas de tierras y estaba en marcha una emigración masiva a las ciudades. El movimiento indigenista surgido a principios de siglo había alcanzado su madurez en el campo de las artes y el pensamiento. Las narrativas decimonónicas de identidad nacional se cuestionaban y entraban en escena versiones alternativas de la historia del Perú, que reivindicaban el papel de las poblaciones andinas y de los sectores populares urbanos.

Pese a todas sus consecuencias negativas en términos de destrucción, sufrimiento y muerte, el terremoto abrió una ventana de oportunidad para pensar el futuro de Cusco y, de una manera más amplia, de toda la región circundante. Proyectos que hasta entonces se consideraban irrealizables, de pronto parecían posibles. El terremoto removió obstáculos, tanto mentales como físicos, para las utopías urbanas y desarrollistas, atrajo hacia el Cusco la atención de las autoridades y puso a disposición de la ciudad un volumen de recursos mayor que en cualquier otro momento previo de su historia republicana.

La reconstrucción movilizó esfuerzos a tres niveles: local, nacional e internacional. En el ámbito local, las autoridades cusqueñas debieron enfrentar el enorme desafío de volver a poner en marcha una ciudad casi destruida. A inicios de la década de 1950, Cusco se hallaba en una etapa de incipiente modernización y estaba atravesada por fracturas sociales, económicas y culturales. El terremoto exacerbó esas diferencias y las reconfiguró, al afectar de manera desigual a quienes vivían en los barrios periféricos, las zonas de clase media y el centro urbano. Además de retirar las ruinas, las autoridades locales debían ocuparse de una infinidad de problemas cotidianos. ¿Debían regular los precios de los alimentos para que todos pudieran acceder a ellos o, por el contrario, era mejor permitir que los comerciantes se recuperaran para que lideraran el resurgimiento de la economía local?; ¿había que incentivar la reconstrucción privada o los escasos recursos materiales y humanos debían concentrarse en las obras públicas?; ¿los alquileres debían tener un precio máximo, para proteger a los más desfavorecidos, o era más conveniente dejarlos flotar en el libre mercado para promover la construcción de nuevas vi-

viendas?; ¿los estándares técnicos y estéticos de construcción de nuevos edificios debían fortalecerse o flexibilizarse?

La respuesta a estas cuestiones estaba influida por consideraciones políticas e ideológicas, así como por los imaginarios y percepciones preexistentes, tanto de los propios cusqueños como de los actores externos que participaban en la reconstrucción. Cusco era una ciudad con una intensa vida cultural e intelectual. En las décadas anteriores había emergido una corriente de pensadores indigenistas y regionalistas que ponía en cuestión el dominio ejercido por Lima y propugnaba la necesidad de una descentralización política y económica. Estas ideas tenían una gran popularidad entre las clases medias locales, compuestas por pequeños y medianos comerciantes, y por un número cada vez mayor de funcionarios, profesionales y empleados de las entidades estatales, la educación pública y el sector servicios. También habían surgido sindicatos y organizaciones de izquierdas, vinculados a las fábricas textiles y a la incipiente industria local, que levantaban banderas socialistas y comunistas, así como organizaciones campesinas que demandaban el desmantelamiento de las grandes haciendas y la distribución de la tierra.

Todos estos vectores de cambio no opacaban, sin embargo, el ambiente tradicional y conservador predominante. Los sectores reformistas todavía no contaban con masa crítica suficiente, ni desde el punto de vista económico ni desde el político, para impulsar una verdadera transformación de las estructuras sociales y económicas. Junto con los intelectuales progresistas e indigenistas, la prensa local estaba inundada de artículos nostálgicos, que aludían a un idealizado «Cusco de antaño» y se oponían a cualquier cambio que modificará la trama urbana o el estilo de vida local. El terremoto legitimó y multiplicó los discursos regionalistas, pero también evidenció la existencia de estas diferentes visiones sobre el futuro de la región. Supuso una oportunidad que algunos aprovecharon y otros dejaron pasar, y propició importantes cambios en las estrategias de control económico y político de las élites locales.

En un segundo nivel, la reconstrucción suscitó grandes debates en todo el Perú. Pese a su carácter de bisagra entre dos épocas, la década de 1950 es un periodo poco estudiado por la historiografía peruana y peruanista.<sup>1</sup> Son pocos los estudios específicos referidos a una época que estuvo marcada por el último gran esfuerzo de la oligarquía tradicional por mantener el control de un país que cambiaba a gran velocidad. Poco antes del seísmo, el general Manuel Arturo Odría había puesto fin al breve experimento reformista encabezado por José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948). Odría pretendía restaurar el orden y regresar a los valores tradicionales, pero también era consciente de las necesidades de los sectores medios y populares, a los que seducía con propuestas de vivienda, construcción de grandes unidades escolares y hospitales. Estas medidas eran insuficientes para los grupos de oposición de izquierda y centro, que aspiraban a un cambio mucho más profundo, que incluía los ámbitos económico, político, social y cul-

---

<sup>1</sup> Un ejemplo de este carácter de bisagra es el hecho de que, en la más reciente colección de síntesis sobre la historia del Perú republicano, la década de 1950 está dividida en dos tomos, significativamente titulados *La insurgencia de la multitud* y *El desafío de la revolución*. Al respecto: Burga y Lossio 2022; Contreras y Chocano 2022.

tural. No solo se trataba de democratizar el país sino también de cambiar las narrativas de identidad nacional, hasta entonces centradas en la retórica del mestizaje colonial, para resaltar otros componentes de la peruanidad que los reformistas consideraban igual o más relevantes: el pasado prehispánico, las culturas indígenas contemporáneas, la herencia afroperuana, etc.

Cusco era para reformistas y conservadores una ciudad emblemática, por lo que su reconstrucción constituía una prioridad absoluta, aunque no se pusieron de acuerdo en cómo debía realizarse, ni con qué estilo ni bajo qué dirección. Uno de los principales debates se refería a la delimitación de la zona de reconstrucción. El terremoto había golpeado sobre todo a la capital regional. Muy pronto, sin embargo, comenzaron a surgir voces que planteaban que, si se quería que la reconstrucción tuviera un real impacto, debía abarcar toda la región. Era la oportunidad para establecer nuevas bases económicas y sociales, ampliando la frontera agropecuaria y poniendo en práctica proyectos largamente aplazados de infraestructura y vialidad. El resultado fue la convivencia de orientaciones «desarrollistas» y «culturalistas» de la reconstrucción que, si bien no eran incompatibles entre sí, competían por recursos y atención de las autoridades.

En el tercer nivel, el terremoto fue un evento global. La importancia simbólica de Cusco propició que numerosas instituciones y gobiernos de todo el mundo se ofrecieran para participar en la reconstrucción. Desde el principio, esta fue una ayuda condicionada por las circunstancias de una Guerra Fría, que solo unas semanas después del seísmo alcanzó uno de sus episodios más críticos con el estallido de la guerra de Corea. La reconstrucción fue importante para organizaciones como Unesco, Unicef, la OEA y Administración de Ayuda Técnica de las Naciones Unidas. Estas instituciones tenían pocos años de vida y aún no habían terminado de asentarse. Su presencia en Cusco les dotó de visibilidad y les permitió ensayar mecanismos de intervención que posteriormente se consolidaron y pasaron a formar parte su repertorio habitual, tal como lo conocemos hasta la actualidad.

También para otras instancias de cooperación el terremoto supuso una oportunidad. El seísmo coincidió con un momento en el que comenzaban a implementarse en el Perú los primeros proyectos de desarrollo modernos. Pocos años antes habían iniciado su trabajo los servicios cooperativos, organismos impulsados por el gobierno norteamericano para asesorar al gobierno peruano en áreas como la agricultura, la pesca, la salud y la educación. La reconstrucción les proporcionó una oportunidad para mostrar su trabajo y atraer a especialistas de primer nivel, que introdujeron en el Perú los paradigmas de desarrollo que entonces estaban de moda, tales como el famoso modelo de la Autoridad del Valle del Tennessee, que rápidamente se convirtió en objeto de deseo por parte de las élites cusqueñas.

Estos esfuerzos se enmarcaban en un contexto más amplio de cristalización de nuevas formas de colaboración internacional. Tras la Segunda Guerra Mundial, las relaciones entre estados se vieron influidas por la dinámica de competencia entre bloques, pero también por la emergencia de formas de colaboración internacional de muy diversa naturaleza. Las «tecnologías de influencia» incluían préstamos, misiones comerciales, intercambios militares, expertos destacados para ayudar a gobiernos foráneos en la cons-

trucción de infraestructuras, la planificación o la modernización de la administración pública, además de múltiples modalidades de diplomacia cultural, asociaciones de amistad, revistas pensadas para difusión exterior, becas de formación en el extranjero, viajes de intelectuales y artistas, etc. Algunas de estas prácticas tenían antecedentes en la época de entreguerras, pero durante estos años se potenciaron y profesionalizaron, dando lugar a una multitud de iniciativas de intercambio, que no solo incluían a las grandes potencias sino también otras naciones, que buscaban expandir su influencia internacional por razones de prestigio, económicas o de seguridad.

La reconstrucción fue especialmente importante para países como Argentina y España, que buscaban un sitio en el nuevo orden producto de la Segunda Guerra Mundial. Aunque estaban lejos de ser potencias, las características singulares de sus regímenes políticos hacían que ambas naciones tuvieran un protagonismo significativo en el contexto de la posguerra. El peronismo se encontraba en auge y pretendía posicionarse como referente continental, capaz de contrarrestar la influencia estadounidense en América Latina, mientras que el franquismo pugnaba por romper el bloqueo diplomático decretado por los vencedores de la guerra. El terremoto supuso una oportunidad para avanzar en estos objetivos y ambos países ofrecieron su ayuda de inmediato. Aunque en términos económicos su participación en la reconstrucción fue limitada, tuvo un alto perfil público y, especialmente en el caso español, rindió enormes frutos para el país donante y dejó significativos aprendizajes para el futuro. Cusco fue la primera gran intervención patrimonialista española en América Latina y en cierto modo puso las bases de lo que sería la futura cooperación española al desarrollo.

Más allá del mero oportunismo político, el terremoto puso en contacto personas, ideas y paradigmas provenientes de muy diferentes ámbitos geográficos, ideológicos y políticos. Los debates que suscitó deben considerarse en el contexto de una época en la que la idea de modernización impregnaba la imaginación de casi todo el espectro político. La modernización occidental se contraponía con la modernización de estilo soviético, pero ambas compartían la noción de que era deseable una rápida transformación mediante la intensificación de las actividades económicas, la metamorfosis de los espacios urbanos y la modificación de los hábitos de conducta de la población. Estos imaginarios, con múltiples matices y contradicciones, se reproducían al interior del Perú y seducían a gran parte de la intelectualidad y de la clase política, tanto de izquierdas como de derechas. La presencia de expertos extranjeros en la reconstrucción se entendía como una necesidad, en tanto el Perú no contaba con especialistas propios suficientes para afrontar la magnitud del desafío.

Cada una de las ofertas de ayuda internacional venía envuelta en una ideología de solidaridad diferente. Unas apelaban al latinoamericanismo, otras al hispanoamericanismo católico, al panamericanismo anticomunista o a la solidaridad internacional de los trabajadores. Cada una de estas ideologías se basaba en unos principios y configuraba una comunidad imaginada de naciones que se ayudaban entre sí en el camino de la modernización y la transformación. En todas, sin embargo, subyacía la noción de que existía un gradiente de recursos y conocimientos entre unas naciones y otras, que obligaba a las más desarrolladas a ayudar a las que estaban rezagadas, aun cuando en la práctica, como

veremos, las cosas eran mucho más complicadas, pues con frecuencia se producían convergencias, influencias recíprocas y soluciones híbridas.

El énfasis en la modernización incluía también una fe absoluta en las bondades de la planificación urbana. Los cambios sociales, económicos y demográficos habían impulsado en todo el mundo una ola de migraciones a las ciudades, en busca de oportunidades laborales y educativas. Aunque la planificación había comenzado a dar sus pasos antes de la Segunda Guerra Mundial, con ejemplos destacados en ciudades como París, Moscú y Roma, donde se destruyeron grandes porciones de los centros históricos para dar paso a nuevas visiones de lo que debía ser una capital, en la posguerra alcanzó mayor desarrollo y se extendió a otras regiones del mundo, más allá de Europa. Sus promotores sostenían que regular el crecimiento de las ciudades no solamente era deseable, sino también posible, y que debía hacerse con criterios científicos y racionales.

En el Perú, el auge de estas ideas se retroalimentó con la llegada al escenario público de una nueva generación de arquitectos-urbanistas, admiradores del racionalismo al estilo de Le Corbusier. Nacidos en familias de clase alta o en los emergentes sectores medios profesionales, estaban imbuidos de un profundo sentido de misión, que los llevaba a escribir en prensa, a dar conferencias y a defender sus ideas en todo tipo de foros, incluidos los aledaños del poder, al que muchos de ellos eran próximos por cuestiones de origen familiar y trayectoria educativa. El terremoto proporcionó a esta generación de arquitectos-urbanistas reformistas una oportunidad para llevar adelante sus utopías urbanas y no dudaron en aprovecharla.

El libro pretende contar todas estas historias de manera entrelazada. Lo que sucedía en cada uno de los tres niveles señalados en los párrafos anteriores (local, nacional e internacional) influía en los otros dos y constantemente se producían interferencias. Me interesa analizar tanto lo que ocurría sobre el terreno, entre el polvo y el ruido de las calles destruidas por el terremoto, como las negociaciones diplomáticas, las propuestas, maniobras e intrigas de quienes pretendían ser tenidos en cuenta en la reconstrucción. Para cumplir estos objetivos, los diferentes capítulos del libro dialogan con varios campos de conocimiento en auge en los últimos años: los estudios sobre la dimensión social y política de las catástrofes naturales, los estudios sobre la reconfiguración del mundo durante la Guerra Fría, más allá de la oposición entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los análisis de la potencialidad de la diplomacia cultural como estrategia de influencia internacional, los estudios sobre los orígenes y desarrollo de la cooperación internacional y los debates sobre la transformación de las ciudades latinoamericanas a mediados del siglo pasado. Cada uno de estos campos aporta referencias, conceptos e ideas que nos ayudarán a comprender el entramado de intereses que a inicios de la década de 1950 convirtió al Cusco en uno de los puntos calientes de la esgrima diplomática internacional.

Las fuentes para analizar estos debates son múltiples. La reconstrucción del Cusco fue una tarea sobre la que se vertieron centenares de opiniones, por parte de ingenieros, arquitectos, urbanistas, filósofos, educadores, expertos en salud, consultores de desarrollo, sindicalistas, representantes de gremios profesionales, economistas, expertos en finanzas, funcionarios y políticos de las más diferentes ideologías. Se discutió sobre el nuevo Cusco en conferencias y eventos académicos, en reuniones públicas y privadas, en

los consejos de ministros de varios países, en las asambleas de los organismos multilaterales y en comités y comisiones de todo tipo.

La prensa de esos años está repleta de noticias, crónicas y artículos de opinión sobre el terremoto. Casi todos los protagonistas de este libro fueron entrevistados una o más veces por los periodistas, por lo que podemos conocer sus opiniones en tiempo real, antes de que la memoria coagulara sus recuerdos. El terremoto produjo también un gran número de publicaciones especializadas en las que sus autores analizaban las causas de la catástrofe, el estado en que había quedado la ciudad y las posibles alternativas de reconstrucción. Estos textos, de diferente extensión y calidad, se sumaban a las decenas de informes producidos por ministerios y organismos internacionales. Con el paso del tiempo, gran parte de esta literatura gris se ha perdido o yace olvidada en algún recóndito archivo, pero otros trabajos han dejado de ser secretos y están accesibles. Lo mismo ocurre con los papeles privados y la correspondencia de algunos de los protagonistas de aquellas jornadas.

En contraste con la gran cantidad de textos producidos en los años posteriores al terremoto, son relativamente pocos los trabajos académicos dedicados al tema. Los libros que tratan de manera global la historia del Cusco en la segunda mitad del siglo pasado suelen incluir secciones dedicadas al terremoto.<sup>2</sup> En algunos casos, se trata de interpretaciones muy lúcidas sobre las transformaciones que la catástrofe propició; sin embargo, suelen centrarse en la dimensión local o regional. Lo mismo ocurre con las escasas monografías escritas en los últimos años sobre el seísmo.<sup>3</sup> La condición de evento global del terremoto se difumina en ellas. Si bien se menciona la participación de expertos internacionales, casi nunca se calibra el contexto en que estas intervenciones se produjeron y su significado para los países y organismos promotores.<sup>4</sup> Por el contrario, esta ayuda internacional se presenta como si fuera algo natural, evidente en sí mismo y que no necesita explicación. Un problema adicional de muchos de estos trabajos consiste en presentar una interpretación demasiado cerrada y contundente de la reconstrucción. Leyéndolos, puede dar la impresión de que la reconstrucción se condujo de una manera coherente y conscientemente planificada, con el fin de obtener un resultado específico, ya fuera la modernización de la ciudad, la consolidación del proyecto turístico, la adecuación urbana a las prioridades de clase media, la segregación de las clases bajas, condenadas a la periferia, o cualquier otro. Como espero demostrar en las siguientes páginas, no fue así. Desde el primer día posterior al terremoto convivie-

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, Tamayo Herrera, 1981, pp. 161-174; Rénique, 1991, capítulo 6. También, Garmendía, 1977.

<sup>3</sup> El estudio más completo sobre la restauración del Cusco es Flores Caparó, 2013. El autor adopta un enfoque de larga duración de la reconstrucción y hace un minucioso recuento de la legislación y de las misiones extranjeras de ayuda a la ciudad durante cuatro décadas. Una versión más resumida se puede encontrar en Flores Caparó, 2014.

<sup>4</sup> Dos excepciones al respecto son Armas Asín, 2018 y Rice, 2021. Especialmente este último autor incluye gran número de fuentes de muy diferente origen, peruanas y extranjeras. Sin embargo, ambos autores tienen objetivos que van mucho más allá del terremoto en sí mismo, por lo que solo dedican algunas páginas a este tema. Véase también el capítulo correspondiente en Covey, 2017 y Convert, 2023.

ron múltiples y contradictorios proyectos de reconstrucción. Los intereses enfrentados de múltiples actores llevaron a idas y vueltas, a cambios de enfoque. Personajes e instituciones que una mirada superficial podría considerar que compartían los mismos intereses, debido a su extracción social o a su posicionamiento político e ideológico, competieron entre sí debido a rivalidades personales, intereses profesionales o por el deseo de imponer sus ideas sobre lo que la nueva ciudad debía ser. Recuperar esta historia pequeña es uno de los objetivos del libro. E incluso cuando había consenso, con frecuencia faltaban los recursos o la decisión política necesarios. Como resultado, más que producto de un único gran proceso, el nuevo Cusco fue consecuencia de la suma desarticulada de múltiples iniciativas diferentes.

En términos comparativos, la reconstrucción del Cusco tiene importantes similitudes con otras catástrofes sucedidas en América Latina en aquellos años. Trabajos recientes muestran la dimensión política de los seísmos de San Juan (1942) y Ambato (1949).<sup>5</sup> Como ocurrió en Cusco, la reconstrucción estuvo rodeada de controversias y polémicas, en las que se involucraron políticos, intelectuales, burocracias nacionales e internacionales y actores del sector privado, cada uno de ellos con sus propios intereses políticos y económicos. El terremoto fue en ambos casos una «catástrofe modernizadora», que aceleró procesos que ya estaban en curso de sustitución de élites y de reformulación del espacio urbano, y dio paso a ciudades muy diferentes a las que existían antes del desastre. La dimensión política también ha sido resaltada en referencia al seísmo que en 1961 destruyó casi por completo la ciudad de Valdivia y con mayor intensidad en el terremoto de Managua de 1972, acontecimiento este último que algunos autores consideran un hito fundamental en el debilitamiento de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle.<sup>6</sup> El dictador y su familia acapararon las ayudas internacionales y manipularon en su favor los planes de reconstrucción, con lo que se enajenaron el apoyo de las clases altas locales y se ganaron la enemistad de la jerarquía católica, decepcionada por su reticencia a destinar fondos para la reconstrucción de las iglesias destruidas por el terremoto.

Mark Healey sostiene que, además de proyectar la carrera política del general Perón, convertido desde el primer minuto en uno de los protagonistas de la ayuda a los damnificados, el terremoto de San Juan propició un fortalecimiento de la Iglesia Católica y de las ideas conservadoras en el ámbito local, ya que dio legitimidad a discursos preexistentes sobre la presunta decadencia de la sociedad argentina y la necesidad de un rearme moral. Como veremos, tendencias similares se manifestaron en Cusco, donde la jerarquía eclesiástica relacionó la catástrofe con el auge del ateísmo y la penetración comunista en la ciudad. Aunque más distante en el tiempo, los discursos religiosos y morales también resurgieron tras el terremoto que arrasó Lima en 1746. También aquí el seísmo, que estuvo acompañado de un tsunami de grandes dimensiones, tensionó los difíciles equilibrios étnicos, sociales y de género, aunque sin llegar a romperlos.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Sobre San Juan: Healey, 2002, 2012, 2014. Sobre Ambato: Torres Lescano, 2017 y Merino Rosero, 2012.

<sup>6</sup> Ramírez, 1985 y Dávalos Hernández, 2020.

<sup>7</sup> Walker, 2012. Sobre este terremoto, también Pérez-Mallaina, 2001 y Sánchez, 2001.

La instrumentalización de la ayuda internacional en el contexto de la Guerra Fría ha sido ampliamente estudiada en el caso del pavoroso terremoto que en 1970 causó decenas de miles de muertos en el Callejón de Huaylas. Como ocurrió en Cusco veinte años antes, el terremoto de Huaylas suscitó una enorme ola de solidaridad internacional y se convirtió en un evento global.<sup>8</sup> La Unión Soviética y los Estados Unidos enviaron misiones de ayuda, acompañadas de periodistas y equipos de televisión, que transmitieron casi en directo las labores de socorro a los damnificados. A diferencia de nuestro caso, sin embargo, la ayuda se concentró en las primeras etapas, mientras que la reconstrucción posterior suscitó menor interés internacional, quizás debido a que las ciudades afectadas tenían un menor significado cultural y político que Cusco.<sup>9</sup>

Todos estos trabajos, y otros muchos aparecidos en los últimos años, destacan elementos coincidentes con la reconstrucción posterior al terremoto de Cusco de 1950: las dificultades para articular los esfuerzos de ayuda, la existencia de diferentes proyectos de reconstrucción en competencia, la rivalidad entre las autoridades locales, regionales y nacionales, la presencia de actores foráneos con intereses propios, el alto perfil público de algunos de los debates, la exacerbación y/o reformulación de las diferencias sociales y étnico-culturales, etc. Sin embargo, en cada terremoto estos procesos toman formas concretas diferentes, con sus propios matices y énfasis. De ahí la importancia de analizarlos en profundidad, atendiendo a su contexto y características propias.

El libro se divide en siete capítulos, que siguen un orden cronológico aproximado. Comienza con el relato de lo ocurrido durante los primeros días posteriores al terremoto. Desde la mañana siguiente comenzaron a llegar a Cusco personalidades, periodistas y representantes extranjeros. La magnitud de la catástrofe supuso un conjunto de retos prácticos que iban mucho más allá de la capacidad de los habitantes de la ciudad: proporcionar alojamiento a quienes se habían quedado sin hogar, abastecer la ciudad de alimentos, evitar la propagación de enfermedades, mantener el orden público y, por supuesto, enterrar a los muertos. La presencia de autoridades nacionales e internacionales contribuyó, en parte, a solucionar estos problemas, pero también supuso desafíos adicionales y dio inicio a la competencia por el capital simbólico asociado a la reconstrucción.

El segundo capítulo analiza los primeros esfuerzos internacionales de ayuda a los damnificados. Se examina el papel jugado durante las primeras semanas por la Cruz Roja internacional, por diversos organismos vinculados al gobierno norteamericano y por la Fundación Eva Perón, una de las primeras en acudir en socorro de los habitantes del Cusco. El capítulo concluye con la entrada en escena del embajador español, Fernando María Castiella, quien inmediatamente supo identificar la oportunidad que el terremoto ofrecía para el franquismo y comenzó a maniobrar para aprovecharla.

---

<sup>8</sup> Álvarez Ponce, 2019.

<sup>9</sup> El terremoto del Callejón de Huaylas también ha sido estudiado por Anthony Oliver-Smith (1986), quien resalta su importancia como vector de transformación de las poblaciones rurales y urbanas de la región, insertas ya en ese momento en un acelerado proceso de cambio social y económico. Nathan Clarke (2017), por su parte, se centra en la reconstrucción de Chimbote, una de las ciudades más afectadas por la catástrofe. Como en Cusco, el terremoto de 1970 coincidió con un gobierno militar en el poder, lo que imprimió un sello peculiar a la reconstrucción.

El tercer capítulo se centra en los esfuerzos del estado peruano por diseñar un marco adecuado para la reconstrucción. La falta de experiencia en el manejo de catástrofes similares hizo que no existiera una institución claramente definida para hacerse cargo de esta tarea. Durante varios meses se probaron diferentes fórmulas, impulsadas por instancias oficiales o por la iniciativa de individuos particulares que deseaban proyectar sus ideas sobre la reconstrucción. La elaboración de un plan piloto que ordenara la nueva ciudad de una manera racional se convirtió en la punta de lanza de un proyecto recentralizador, que pretendía dirigir desde Lima la reconstrucción de la ciudad andina. En paralelo, comenzaron a surgir voces que demandaban un manejo integral de la ayuda a los damnificados, mientras que las autoridades cusqueñas se esforzaban por solucionar los miles de problemas cotidianos que implicaba la vida entre las ruinas.

El capítulo cuatro analiza en los meses centrales del año 1951. Este fue un momento clave en el que las ofertas de ayuda internacional para la reconstrucción comenzaron a cristalizar. El capítulo incluye las diferentes misiones que llegaron a Cusco enviadas por la OEA, la ONU y la Unesco, los esfuerzos del embajador Castiella y la entrada en escena de los arquitectos de la Dirección General de Regiones Devastadas enviados por el gobierno español. Estos esfuerzos pusieron de manifiesto la existencia de diferentes proyectos de reconstrucción, algunos con énfasis desarrollista, que priorizaban la reconstrucción de la economía de la región, y otros con énfasis culturalista, centrados en los monumentos, cada uno de ellos con sus respectivas redes de promotores y aliados, nacionales e internacionales. En medio de ambos se situaban muchos cusqueños que únicamente querían que finalizaran los debates y que se les permitiera reconstruir sus viviendas.

Los capítulos quinto y sexto recogen los primeros resultados de estas intervenciones. Se analizan con detalle las múltiples misiones realizadas por expertos internacionales a partir de la creación en febrero de 1952 de la Junta de Reconstrucción y Fomento y, en particular, tres documentos clave que marcaron los debates de aquellos años: el plan elaborado por el consultor norteamericano Robert Hudgens para reformar la economía de la región, el informe de George Kubler, especialista enviado por Unesco para examinar el estado de los monumentos y proponer una estrategia de conservación, y el plan piloto de ordenación urbana elaborado por el arquitecto Luis Miro Quesada Garland. Estos tres documentos proponían miradas diferentes sobre las prioridades de la reconstrucción y eran parte de un debate más amplio sobre el alma del nuevo Cusco, en el que también participaban autoridades locales, intelectuales, expertos nacionales e internacionales y cusqueños de toda condición social.

El séptimo y último capítulo relata la aceleración de la reconstrucción en los últimos meses de 1952, momento en el cual el propio dinamismo de la ciudad terminó por superar la capacidad de control de las autoridades y los organismos creados para regular la reconstrucción. La nueva ciudad comenzó a surgir por todas partes, ofreciendo buenas y malas noticias. Quedó claro que ninguna de las utopías urbanas planteadas en los años anteriores iba a llevarse a cabo, pero, al mismo tiempo, Cusco volvió a llenarse de vida y comenzaron a resolverse algunos de problemas suscitados por el terremoto, como la construcción de nuevas viviendas y la restauración de los monumentos. El capítulo concluye con el éxito de la diplomacia cultural española que, tras lograr la admisión en

la Unesco gracias al apoyo peruano, alcanzó su cenit durante la ceremonia de entrega de la catedral realizada el mismo día que se cumplían tres años del terremoto que había devastado la ciudad.

Aunque el año 1953 no se puede considerar el punto final de la reconstrucción, desde entonces las dinámicas fueron muy diferentes. La atención internacional decayó y las utopías urbanas impulsadas por los arquitectos-urbanistas se dejaron de lado. La nueva etapa abierta a partir de ese momento debe analizarse con parámetros diferentes a los que este libro propone. El texto finaliza con un epílogo en el que se reseña la trayectoria posterior de los principales implicados en la reconstrucción y se discute el grado de éxito o fracaso que cada uno de ellos tuvo en su empeño. Para muchos de sus protagonistas la reconstrucción del Cusco se convirtió con el tiempo en un recuerdo amargo, en una oportunidad perdida para hacer las cosas de una manera diferente. Para otros, en cambio, marcó un impulso decisivo para sus carreras profesionales, intelectuales o políticas.

Cada paso de la reconstrucción, como veremos, estuvo acompañado de innumerables debates y polémicas, de frustraciones para algunos de los principales implicados en la reconstrucción, de idas y venidas, de escándalos y acusaciones. Pero en perspectiva, fue un periodo extraordinariamente fructífero, que generó cambios tangibles e intangibles y dejó numerosas herencias para el futuro, tanto para los cusqueños como para el conjunto de los peruanos e instituciones internacionales que participaron en ella.

Este libro cuenta esa historia.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro se basa sobre todo en fuentes recopiladas en archivos y bibliotecas cusqueñas. Debo agradecer la amabilidad y disponibilidad de los archiveros y bibliotecarios de esa ciudad, quienes me ayudaron a identificar los fondos clave y tuvieron infinita paciencia con mis requerimientos y preguntas. Agradezco especialmente a quienes trabajan en el Archivo Histórico Municipal, Archivo Regional del Cusco, el Archivo Arzobispal del Cusco, la Biblioteca Municipal, la Hemeroteca de la Universidad Nacional San Antonio Abad, la Biblioteca del Gobierno Regional del Cusco, así como de la fototeca y la biblioteca del Centro Bartolomé de las Casas. En Lima, fue imprescindible la ayuda del personal de la biblioteca y el archivo del Instituto Riva Agüero y de la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Debo agradecer también a gran número de colegas y amigos que durante estos años compartieron conmigo ideas y materiales sobre los avatares de la reconstrucción posterior al terremoto de 1950. Estoy especialmente agradecido con los integrantes del Centro Cusqueño de Investigaciones Históricas Enfoques, Ángela María Concha, Edgar Villafuerte, Johann Pérez, Lisbeth Cusicuna, Santiago Loayza y Walter Flórez. «Enfoques» es una de las mejores cosas que han ocurrido en mucho tiempo en el campo historiográfico cusqueño. Estoy seguro de que, en los próximos años, a medida que sus integrantes comiencen a publicar sus propios trabajos, van a tener muchas cosas que decir. Un agradecimiento especial es para Donato Amado. Todos quienes hemos trabajado en Cusco

conocíamos a Donato, su amabilidad, las largas sobremesas, su disposición a compartir conocimientos, orientarnos en nuestras investigaciones y ayudarnos a abrir puertas que parecían cerradas. Su partida inesperada en junio de 2022 fue una tristeza inmensa. Espero que donde quiera que esté, pueda disfrutar de este libro del que tanto conversamos.

Estoy en deuda con Juan Carlos La Serna, quizá la persona que mejor conoce los archivos culturales peruanos, quien no solo discutió conmigo ampliamente los temas tratados en este libro, sino que también me proporcionó numerosos documentos producto de sus búsquedas, que enriquecieron mi comprensión del proceso de reconstrucción. Antonio Cañellas Mas, Carlos Trelles Steindl, Lorena Spelucín, Lothar Busse, Ewa Kubiak, Rafael Ramos y Wilder Tapia me proporcionaron valiosos materiales de forma desinteresada. Fernando Brugué me permitió amablemente consultar las cartas conservadas en el Centro y Archivo Luis E. Valcárcel. El apoyo de Michelle Lacoste fue imprescindible para obtener copias de los documentos de George Kubler conservados en la universidad de Yale. Le debo un enorme agradecimiento, así como a José Ragas por haber hecho posible el contacto.

Jorge Lossio y Magally Alegre Henderson me autorizaron generosamente a utilizar las imágenes de la colección Giesecke conservadas en el archivo del Instituto Riva Agüero. Anael Pilares y Yadira Hermoza me facilitaron la consulta de las colecciones de fotografías de la Fototeca Andina del Centro Bartolomé de las Casas. Lo mismo hicieron Rafael Varón, con las imágenes de la colección de Abraham Guillén conservada en el Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia de Pueblo Libre, y Fernando Brugué con las imágenes del mencionado Centro y Archivo Luis E. Valcárcel. La colaboración de Sarita Silva, parte del equipo del fondo editorial del Instituto de Estudios Peruanos, fue decisiva para que estas imágenes estuvieran en el tiempo y forma necesarios.

Como siempre digo, trabajar en el Instituto de Estudios Peruanos es un privilegio y un desafío. El apoyo de todos mis colegas y amigos que laboran en la casa, fue una vez más imprescindible para que este libro pudiera escribirse. Presenté un avance de parte del contenido en sendos seminarios organizados por Verónica Abrego y Thomas Bremer en Bucarest (2019) y Cristóbal Aljovín y Juan Carlos La Serna en Lima (2020). Los comentarios recibidos en ambos casos me permitieron mejorar mis argumentos, identificar errores y calibrar algunas de mis interpretaciones. El seminario de Bucarest derivó en un libro colectivo, donde aparecieron unas primeras notas sobre algunos de los temas tratados en este libro.<sup>10</sup> Los comentarios de los dos revisores anónimos del manuscrito designados por el CSIC fueron también de gran ayuda, incluyendo algunos aspectos clave de extensión, organización y enfoque, así como el revisor anónimo designado por el IEP, que leyó una primera versión de este trabajo.

Debo un agradecimiento especial a Laura Giraud, de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, quien desde el principio creyó en este libro y puso todo su empeño para que saliera adelante. Su paciencia, tacto e inteligencia fueron imprescindibles para que el lector lo tenga ahora entre sus manos. Por supuesto, todos los errores, omisiones y malinterpretaciones que puedan quedar en el texto corren exclusivamente de mi cuenta.

Finalmente, el libro está dedicado a mi madre, quien ya fue tres veces a Cusco.

---

<sup>10</sup> Asensio, 2023b.